

Explicación de un dilema (Prólogo uno)

Natacha no sabía que Virginia Woolf había dicho que, para escribir, toda mujer necesita dinero y un cuarto propio, por lo tanto sólo quería un cuarto propio.

En un diario asoma el intento de construir la intimidad, el encuentro con uno mismo y con las propias experiencias. Uno mantiene diálogos, pero interiores.

Aprender a estar a solas, sin ser un náufrago, y lograr que las voces que acudan a esa soledad sean compañeras.

Poder cerrar la puerta, y no sólo a otras personas, sino también a los miedos, a las amenazas imaginarias. Estar amigablemente a solas.

Pero ¿cómo conseguir privacidad cuando uno quiere que lo miren?

Natacha se enfrentaba a ese dilema: ¿cómo tener privacidad y sentirse querida todo el tiempo? ¿Cómo tener un cuarto propio, con una puerta que ella cierra cuando lo desea, pero no sentirse sola en el universo?

¿Cómo resuelve esto? Muy sencillo: debe lograr un lugar lejos de la mirada de sus padres, sobre todo de su mamá, pero sin que su mamá deje de mirarla. Y listo.

Y, desde el lugar de la madre: ¿cómo aguantarse que la hija, el hijo, encare semejante paso? ¿Cómo hacer para no ofrecerle un tecito, cuanto menos? ¿No quieres un vasito de agua? ¿Un sandwichito?

Nada fácil pero, como todo, en algún momento comienza.

Querido Diario

— ¡Mamá! ¡No vengas que voy a empezar a escribir un diario! (*desde su cuarto*).

— ¡No te oigo, mi amor! (*desde el lavadero*).

— ¿Qué dijiste?

— Espera a que se apague la lavadora, que ya termina.

— ¡No te oigo, mamá!

— ¡Natacha! ¡No sigas hablándome! ¡No se oye nada con este aparato!

— ¡Ay, mami, no se oye nada con la lavadora!

— (*¿Qué querrá, por favor...?*).

— ¡Déjame que tengo que empezar el diario! (*¿Qué me estará diciendo?*).

— Ya termina, ya termina, ya termina, ya termina... termino (*tono jugando*).

— No vengas, mami, eh; que tiene que ser secreto (*desde su cuarto*).

La madre se asoma en la puerta del cuarto de Natasha.

—¿Qué querías, chiquita?

—¡Ay! ¿No te digo? ¡Viniste! (*tapándose la cara con las manos*).

—Si me llamabas, Nati.

—No, mami; te decía que no vinieras, que-no-vi-nie-ras.

—Yo-ya-no-es-ta-ba-vi-nien-do, porque estaba lejos con la ropa, Nati. Además, cuando uno quiere estar solo no llama a los demás.

—Yo te avisaba, no te llamaba.

—¿Cuál es el secreto?

—Uno, mami, no te puedo decir, que voy a empezar mi diario, y no lo pueden ver, ni tú ni papi.

—¡Qué hermoso, mi amor! (*se emociona*).

—Ni el Rafles lo va a poder ver... bueno, si yo quiero leerle un poco sí, pero ustedes no.

—Me encanta que hagas eso, yo cuando era chica también escribía uno...

—¿En serio? (... *humito pif, desilusión*).

—Pero no te lo voy a mostra-a-ar, no no.

—¡Ah, qué viva eres, mami! ¡Yo no dije que no te lo iba a mostrar nunca! ¡Es secreto, pero si quiero te lo muestro!

—No, porque ahí tú tienes que escribir tus cosas; no es para que lo leamos papi o yo.

—Bueno, pero si un día quiero se lo muestro; no seas egoísta, mamá.

—(Ay...) No soy egoísta, mi amor, te cuento que yo al mío...

—¡Qué me importa tu diario! ¡Sí eres egoísta! ¡Porque ni quieres mirar a mi diario! (*ojos finitos*).



—¿No era secreto tu diario?

—¡Qué va a ser secreto, si ni pude empezar porque viniste, mamá!

—(*Mal día*) Bueno, yo me voy, sigo con mis cosas... Nati, si necesitas algo me llamas, ¿sí?

—Pero si te digo que no vengas, no vengas.

La mamá regresa al lavadero. Natacha abre su cuaderno y piensa.

Piensa, piensa, piensa.

Mira hacia la ventana.

Piensa.

De lejos se oye que la lavadora comienza a centrifugar.

(*¡Ya sé!*)

Querido diario:

hoy empiezo a escribir un diario. Bueno, listo, sigo otro día.

Firma: Natacha adorada.

—¡Mami, ven!

Cocina de los acontecimientos (Prólogo dos)

Viernes por la noche.

Mamá de Natacha comenta que le surgió una reunión de trabajo para mañana sábado.

El papá de Natacha le dice que no se preocupe, él no pensaba salir.

Natacha pregunta si puede invitar a Pati a pasar el día.

Raffles muerde un hueso.

Sábado por la mañana.

Desayunan juntos, luego la mamá se va a su reunión.

Sábado. 11 horas.

Suena el timbre, son los papás de Pati que la traen.

Mediodía del sábado.

El papá de Natacha les prepara el lunch: milanesas con puré. Raffles mira hacia la mesa de la cocina, espera un hueso.

Sábado. 13 horas.

Almuerzan. Las chicas hacen planes para la tarde. Es el horario de cierre de las ferreterías.

Sábado. 13:30 horas.

Las chicas ayudan a recoger la mesa y luego van al cuarto de Natacha. Raffles las sigue con su hueso en la boca, lo hacen volver, dejar el hueso. Lo llevan con ellas.

Sábado. 13:40 horas.

El papá lava los platos.

Sábado. 13:45 horas.

Se oye un ruido fuerte debajo del fregadero e, inmediatamente, un olor desagradable. El papá mira al techo (*¡Oh, no!*). Abre la puerta inferior del mueble del fregadero.

Sábado. 13:46 horas.

Se rompió el sifón del caño, cuyas abrazaderas ya eran un arreglo provisorio del año pasado. El agua sucia se derrama debajo del mueble y escurre (*¿Por qué un sábado a esta hora?*). Limpia y seca todo. Saca el sifón: ya no admite arreglos; hay que comprar uno nuevo, y agarraderas. El horario de cierre de las ferreterías fue a la una, deberá ir a uno de esos supermercados de construcción, artículos de jardinería, todo para el hogar, hágalo-usted-mismo, que están llenos de gente paseando con un carrito, y no quedan cerca.

Sábado. 14:15 horas.

El papá se cruza al departamento de una vecina, explica la situación para pedirle el favor de cuidar a las chicas; que cada tanto vaya a verlas. La vecina acepta encantada. Que se vaya tranquilo, le dice.

Sábado. 14:30 horas.

El papá se va tranquilo.

Sábado. 14:50 horas.

La vecina sale a hacer una caminata con sus amigas, le encarga a su hijo adolescente que cada tanto vaya a visitar a Natacha y Pati. El hijo está chateando. Tiene más de quinientos contactos. Hace que sí con la cabeza.

Sábado. 15:00 horas.

La vecina se ve tranquila. Su hijo adolescente continúa chateando tranquilo. En ese preciso momento, y en el departamento de al lado, comienza nuestra historia.